

LA SIGNIFICACIÓN DESDE EL PUNTO DE VISTA PSICOLÓGICO

I

Los términos significado y significación —que aquí usaremos indistintamente como sinónimos— son por supuesto términos de definición harto difícil. A un nivel descriptivo no muy riguroso cabría quizás iniciar una primera aproximación al tema, indicando que el momento en que la experiencia humana se ilumina con la comprensión de lo dado en ella, constituye justamente el término del acto subjetivo a que llamamos significar. Pero, sin duda, para que esta descripción sirviese realmente de algo sería preciso definir a su vez los términos «experiencia», «comprensión», etc., etc., todo lo cual orientaría nuestra reflexión hacia un malabarismo verbal de dudosa utilidad.

Considerada la cuestión desde su envés, cabría asimismo llamar la atención sobre la circunstancia bien obvia de que el significado es lo que se pierde cuando se interrumpe un proceso de comprensión; lo que se pierde, por ejemplo, cuando alguien que se está dirigiendo a nosotros en un idioma familiar comienza de pronto a hablarnos en una lengua desconocida. Ciertamente cuando esto ocurre continuamos percibiendo la voz del que nos habla; pero es evidente que a esa voz le ha desaparecido súbitamente una de las notas más importantes con que se nos presentaba: a saber, su significación.

Naturalmente, hay otras muchas maneras de intentar esclarecer la estructura del fenómeno que nos interesa, como ya mostraron bien cumplidamente hace medio siglo Odgen y Richards. Pero es harto probable que la prosecución de definiciones iniciales no sirva de gran cosa en estos problemas donde precisamente lo que se trata de entender es la estructura de una experiencia radical e irreductible.

Por ese camino, a lo que se aboca es a substituir unos términos indefinibles por otros igualmente indefinibles, o por sinónimos, cuando la verdad es que la comprensión de un significado es una experiencia tan irreductible como la percepción de un color, es decir, algo que no se puede entender inicialmente más que desde sí mismo.

Dicho esto, es necesario agregar que semejante dificultad en modo alguno comporta la imposibilidad de desarrollar un saber riguroso, científico o filosófico, de la significación. La realidad es que, de hecho al menos, muchísimos saberes hacen uso de términos indefinibles o de muy ardua precisión, desde los que justamente se arranca para elaborar una teoría esclarecedora de la realidad a que tales términos se refieren de una manera meramente mostrativa.

En nuestro caso, por ejemplo, se podría profundizar fenomenológicamente en la estructura de las experiencias significativas originarias; cabría, por supuesto, enfocar la cuestión desde una perspectiva epistemológica crítica, o se podría, cómo no, plantear el problema desde el punto de vista de la semántica, etc., etc. Pero se puede también, y esto es lo que haremos, intentar estudiar la naturaleza de las operaciones psíquicas que el sujeto humano ejecuta cuando entiende el significado de algo, en nuestro caso, el significado de las palabras, principalmente.

Sin duda, no se me oculta, tal análisis psicológico de la significación constituye una empresa hartamente compleja, que no cabe realizar cabalmente en los estrechos límites de un breve artículo como éste, que además tampoco va dirigido a psicólogos profesionales. Con todo, entiendo que la comunicación entre especialidades debe intentarse a toda costa, y en tal sentido he aceptado con sumo gusto la amable invitación del Dr. R. Adrados a colaborar en esta Revista de Lingüística. Mi trabajo, pues, no pretende constituir tanto una revisión detallada del complejísimo campo de la psicología de la significación, donde la bibliografía es realmente gigantesca, como la exposición de unas reflexiones en las que, a mi juicio, se recogen algunas de las cuestiones de fondo que en esa inmensa masa de trabajos se debaten. Hecha esta salvedad, pasemos a comentar siquiera sucintamente una de las más antiguas e influyentes teorías psicológicas que se han disputado el privilegio de dar cuenta y razón del tema que nos ocupa; una teoría cuya sombra todavía se proyecta, como veremos, sobre la psicología actual.

II. LA TEORÍA DE LAS IMÁGENES MENTALES

La interpretación del significado en términos de imágenes mentales —imágenes genéricas, imágenes confusas o conjuntos de imágenes— cuenta efectivamente con una tan larga tradición y peso en la psicología moderna, que su mención y crítica es obligada en toda reflexión acerca del tema. Fue, por ejemplo, nada menos que el gran filósofo John Locke quien, a fines del siglo XVII, se hizo ya cargo de las dificultades que comportaba la explicación del significado en los términos que comentamos. En su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Locke tropezó en efecto con el viejo problema de los universales al tratar de explicar cómo una sola palabra significaba muchas cosas particulares. La cosa se resolvía, a su entender, aceptando la existencia de unas palabras generales que fueran signos a su vez de ideas generales, lo cual en el fondo le obligaba o bien a aceptar la existencia de imágenes universales —por ejemplo, la imagen de un triángulo que fuera a la vez equilátero, isósceles y escaleno, cosa imposible por principio— o bien a postular la existencia de unas ideas abstractas demasiado parecidas a las ideas universales de la vieja filosofía escolástica como para justificar un nominalismo.

Tal dificultad, que Berkeley comentó en su *Tratado sobre los principios del conocimiento humano* (1710), no arredró sin embargo a los empiristas ingleses, que durante más de dos siglos continuaron tratando de explicar la significación en términos de procesos asociativos, que hicieran innecesaria la afirmación de realidades ideales ajenas a las operaciones concretas de la mente cognoscente.

Así, por ejemplo, a mediados del XIX, John Stuart Mill consideraba que un significado no es sino una imagen de la que sólo se tienen en cuenta sus atributos esenciales, afirmación absolutamente vaga salvo en el caso de que se explique cumplidamente en qué consiste ese «tener en cuenta los atributos esenciales». La doctrina nominalista de Stuart Mill está recogida en su *Sistema de Lógica*, cuyas conclusiones apuntan evidentemente hacia una reducción del significado a las operaciones psicológicas del sujeto. En realidad, a lo que conduce este planteamiento, es a afirmar que los nombres lo son de las cosas y no de nuestras ideas de las cosas —una posición

que todavía mantiene hoy, me parece, Gilbert Ryle en su libro *El Concepto de lo Mental*—¹. Es decir, a lo que conduce esa actitud es a la volatilización del concepto mismo de significado entendido como una especie de reflejo abstracto de las cosas a que se refiere; pero como de todos modos la designación de las cosas consiste psíquicamente en ciertas operaciones, se intenta reducir éstas a las imágenes. Lo cual, por supuesto, deja totalmente en pie la cuestión de cómo una imagen particular puede referirse a una generalidad, o dicho de otro modo menos abstracto, deja sin explicar cómo la imagen de un triángulo —que forzosamente ha de serlo de una de las tres consabidas clases— puede serlo a la vez de triángulos isósceles, equiláteros y escalenos, sin serlo además de ninguno en particular. Cabe, ciertamente, saltarse este problema y afirmar simplemente que las palabras designan las cosas, y nada más. Pero es obvio que con esta postura lo que se hace no es explicar, sino suprimir el problema de la significación.

La teoría de las imágenes mentales, sin embargo, arraigó de tal manera en la tradición empirista inglesa —y también en el sensualismo francés, aun cuando no podamos ocuparnos ahora de esta corriente— que incluso un hombre como Sir Francis Galton, pionero de la psicología científica actual, se esforzó en reducir los significados a imágenes genéricas, esto es, a imágenes más o menos confusas, semejantes a esas fotografías compuestas, donde la superposición sobre una misma placa de las imágenes de los miembros de una familia refuerza las notas recurrentes y anula los rasgos que no se repiten, hasta originar una especie de perfil o aire de familia, que pertenece a la vez a todos sus miembros en general y a ninguno de ellos en particular. De hecho, por este ingenioso procedimiento, Galton compuso su famosa fotografía genérica de los epilépticos, y más modernamente la biotipología ha utilizado la misma técnica para la esquematización gráfica de algunas estructuras somáticas típicas.

Sin embargo, hay algo profundamente contradictorio en este intento de explicar la dimensión referencial de la significación por la vía de una imagen universal. En cierta manera, es verdad que en una imagen del tipo de las indicadas pueden quedar decantadas y

¹ En el original inglés, el título exacto es *The Concept of Mind*, Hutchinson, 1949.

como cristalizadas, a nivel perceptivo, las características recurrentes de un grupo de objetos similares, y en este sentido restringido, semejante imagen participa en cierto modo de las propiedades de un universal, es decir, de una realidad que representa a muchas (*unum versus alia*). Pero tal participación se efectúa sólo en cierto modo y restringidamente, sin alcanzar el nivel de abstracción en que propiamente se desarrollan los procesos significativos del lenguaje, que son los que en realidad refieren esa imagen particular a los múltiples objetos que representa.

Con toda seguridad, en el orden filosófico cabría efectuar una crítica decisiva de semejantes intentos empiristas de reducir a imágenes las significaciones. Sin entrar, no obstante, en el terreno de la filosofía, la propia psicología ha rechazado este reduccionismo asociacionista, cuyo último representante de relieve fue quizás Titchener. Su teoría núcleo-contextual de la significación (*core-context theory*) constituyó en realidad un esfuerzo por incorporar también a la teoría de las imágenes mentales aspectos motores e inconscientes de la conducta, que sin duda se integran en las experiencias significativas; pero ello no impidió que fundamentalmente su interpretación del significado estuviera basada en el papel de las imágenes asociadas a las percepciones, y fuera por consiguiente barrida de la escena psicológica de principios de siglo por los furiosos ataques del behaviorismo. En esencia, para Titchener el significado consistía en el contexto de imágenes que, en virtud de previas asociaciones, acompañaba a la percepción actual de un objeto, y en este sentido no es extraño que su teoría fuera rechazada por un behaviorismo que no aceptaba la introspección ni quería oír hablar de procesos mentales². Pues no hay que olvidar (cf. págs. 367-8 de la obra citada) que pese

² Las opiniones de Titchener sobre este punto se encuentran en parte recogidas en su obra *A Textbook of Psychology* (1911). En cierto modo, sus ideas se perpetúan en psicólogos como Underwood, Bousfield, Noble, Osgood, etc., que continúan la tradición asociacionista, si bien procurando en general evitar toda referencia a la asociación de «ideas», que substituyen por la asociación de estímulos y respuestas verbales. Contra esta corriente, aun cuando por razones distintas de las apuntadas en nuestro trabajo, se pronuncian por supuesto los psicolingüistas de tendencias chomskianas. Véanse, por ejemplo, a este respecto el artículo que M. S. Miron acaba de publicar sobre la teoría psicolingüística de Osgood, en el núm. 66 de *Linguistics* (1971), y la respuesta que en el mismo número da Osgood a los psicólogos seguidores de Chomsky, a los que acusa de «racionalistas».

a las referencias continuas a las cinestésias y a los factores físicos de la situación que configuran cotextualmente el proceso significativo, *one mental process is the meaning of another mental process if it is the other's context*. Y contexto es simplemente, agrega, un proceso mental asociativo.

Titchener era, en suma, un hombre a quien, al parecer, las palabras suscitaban un riquísimo, y a veces pintoresco conjunto de imágenes, que él identificaba con el núcleo significativo de los vocablos. El término «triángulo» representaba para él, por ejemplo, una cosa centelleante que viene y va; se apuntan en ella —agregaba— dos o tres ángulos rojos, con las líneas rojas que se oscurecen, y ennegrecen, sobre un fondo verde oscuro. No hay tiempo de decidir —concluía— si los ángulos se juntan para cerrar una figura completa, o ni siquiera si hay los tres ángulos precisos para ello... La palabra «vaca» suscitaba en Titchener la imagen de un rectángulo alargado con una cierta expresión facial enfurruñada, y su imagen de la conjunción *but* ('pero') representaba la nuca de un orador que usó mucho esa palabra un día que él le observó desde detrás cuando pronunciaba una conferencia... Incluso parece que Titchener logró ver una vez una imagen del famoso triángulo de Locke, a la vez equilátero, isósceles y escaleno. No es extraño, pues, que otros psicólogos menos imaginativos dieran definitivamente carpetazo a la vieja teoría de las imágenes mentales, y que la psicología del significado intentara abrir nuevos caminos de investigación.

Expresadas sintéticamente, las principales dificultades que ofrecería una reducción del significado a una imagen genérica o a un conjunto de imágenes asociadas, pueden quizás condensarse en los siguientes puntos:

- 1) Las dificultades propias de una psicología introspeccionista.
- 2) El hecho de que muchas personas entienden el significado de muchos términos sin tener —al menos explícitamente— vivencias imaginativas de ninguna clase.
- 3) La circunstancia de que justamente las personas con un cociente intelectual más alto son las que tienen experiencias significativas menos acompañadas de imágenes.
- 4) La imposibilidad de que una imagen concreta y particular sea a la vez general y abstracta; por ejemplo, la imposibilidad de que exista una imagen del triángulo en general.

5) La imposibilidad de materializar en imágenes conceptos eminentemente abstractos como «nada», «infinito», y por supuesto toda suerte de nexos gramaticales.

6) Y finalmente, las demostraciones experimentales de la existencia de un pensamiento sin imágenes, realizadas por la escuela de Würzburgo a principios de siglo, que apoyan la tesis de que la experiencia significativa no consiste en una experiencia imaginativa, aun cuando pueda ir acompañada de imágenes.

Descartada, en definitiva, la alternativa de las imágenes mentales, la psicología objetivista contemporánea, sobre todo el behaviorismo, hubo de buscar una nueva línea explicativa para el problema del significado. Ésta no fue otra que la de su reducción a estructuras disposicionales de tipo motor³.

III. LA INTERPRETACIÓN EFECTORIAL DE LAS SIGNIFICACIONES

Por razones muy diversas, lo acabamos de indicar, la psicología científica de principios de siglo acabó por rechazar la tradicional interpretación mentalista del significado como imagen genérica o conjunto de imágenes. Descartada, pues, la posibilidad de reducir la significación a una imagen o a un contexto asociativo, a la nueva psicología objetivista no le quedaba más remedio que intentar una explicación de tipo efectorial, esto es, una explicación en que el significado se redujera a conexiones adquiridas entre estímulos y respuestas, glandulares o motoras. La hora de las teorías motrices del pensamiento había sonado.

Por supuesto, esta postura materialista no surgió de pronto. Antes de que John B. Watson publicara en 1914 su obra *Behavior: An Introduction to Comparative Psychology*, autores como Alejandro Bain habían afirmado ya que el pensamiento no era sino acción inhi-

³ Una buena crítica de todo el enfoque mentalista que hemos comentado, puede encontrarse en el libro de Roger Brown, *Words and Things*, The Free Press, 1966 (7.ª edic.). Por cierto que, según me indica el Profesor Lorenzo, este tipo de títulos tan actuales como los de Brown, Foucault, etc., se utilizó ampliamente por el movimiento filológico de principios de siglo plasmado en la revista *Wörter und Sachen*. La expresión «palabras y cosas», que parece tan novedosa, cuenta, pues, como por otra parte es natural, con precedentes nada despreciables.

bida. Con Watson, sin embargo, esta corriente alcanzó, como es sabido, una extraordinaria popularidad, y la idea de que el pensamiento no era más que una respuesta verbal implícita se convirtió en una hipótesis de trabajo que dio origen a múltiples investigaciones. El propio Watson soñaba en 1916 con presentar a la Asociación Americana de Psicología registros fotográficos de esas respuestas verbales implícitas. Unas semanas antes, sin embargo, de la fecha de su discurso presidencial a la asociación, Watson se convenció de que el problema era sumamente complejo, y rápidamente recurrió a Lashley, uno de sus alumnos, para orientar la cuestión hacia el entonces naciente campo de los reflejos condicionales. No por ello, sin embargo, se abandonó del todo la idea de que las significaciones consistían en las efecciones fonatorias de los sujetos; pero el fracaso de Thorston en 1925, que tampoco pudo constatar ninguna relación consistente entre los movimientos de la lengua, etc., y las actividades intelectuales e imaginativas, condujo a buscar tales relaciones en otros órganos efectoriales distintos de los de la fonación. En los años 30, las investigaciones de E. Jacobson⁴ y otros demostraron que, en efecto, el mero pensamiento de un martillo, o la pura imaginación del acto de levantar un brazo, iban acompañados de pequeños cambios de potencial en los bíceps del brazo derecho —si los sujetos eran diestros, claro es—, aun cuando la concordancia no era perfecta; a veces, por ejemplo, si el sujeto se imaginaba la acción de llevarse un cigarrillo a la boca, los músculos que registraban pequeñas contracciones o flexiones no eran los de los brazos, sino los oculares. Aparte de esto, el que la correlación entre la cuantía de los microvoltajes registrables en tales movimientos musculares y el cociente intelectual de los sujetos experimentales, fuera siempre negativa, y en algún caso llegara a ser de —0'92, contribuyó a cerrar este camino, que fue substituido gradualmente por el de una interpretación refleja más amplia de las actividades significativas.

Watson mismo, como decíamos, llegó a pensar que el desarrollo del lenguaje podía entenderse en los mismos términos reflejos que el de la formación de otros hábitos motores condicionados simples, «tales como la retirada de la mano ante la aplicación de un estímulo

⁴ E. Jacobson, «Electrophysiology of mental activities», en *Amer. Journ. Psychol.*, 44, 1932, págs. 677-694.

auditivo o visual» habitualmente emparejado con la presentación de un estímulo incondicionado aversivo, por ejemplo, con un *shock* eléctrico o un objeto caliente que se aplique a la mano del niño cada vez que suene un timbre o se encienda una luz. En su obra *Behaviorism* (1924), Watson había desarrollado ya un esquema explicativo en los términos indicados, que fue continuado y ampliado después por otros conductistas como Dashiell y, principalmente, Skinner⁵. Para Skinner, como para Watson, hablar es hacer, esto es, el lenguaje es una forma de comportamiento donde ciertas operaciones fonatorias son condicionadas, por refuerzos sociales e interpersonales, a ciertos estímulos fonetográficos discriminables. Cada sociedad modela esas operaciones fonatorias de una determinada manera, a través de refuerzos recurrentes —como la alabanza, el asentimiento, el éxito, el castigo, etc.—, que siguen a la aparición de estímulos fonetográficos asimismo recurrentes, hasta dar origen a un comportamiento condicionado donde ciertos estímulos visuales, auditivos, etc., suscitan ciertas fonaciones explícitas o implícitas, y viceversa, estas operaciones verbales provocan conductas no verbales diversas, etc. No es cosa, claro está, de adentrarnos aquí en un análisis pormenorizado de una cuestión tan intrincada como la planteada por esta teoría behaviorista de la conducta verbal, pero sí es preciso, no obstante, que dediquemos alguna atención a la interpretación «reflexológica» de la significación a que dio lugar, dado que en semejante interpretación se volatilizaba de hecho el mismo concepto de significado.

IV. LA SIGNIFICACIÓN COMO RESPUESTA CONDICIONADA

Según esta teoría reflexológica de la conducta verbal —que, como veremos, Pavlov jamás compartió del todo —, un sonido discriminable cualquiera (o un estímulo visual identificable, etc.), puede con-

⁵ El punto de vista de Dashiell está consignado en su libro *Fundamentals of General Psychology*, publicado en 1937, mientras la obra de Skinner *Verbal Behavior* apareció, como es sabido, veinte años más tarde. Una excelente exposición crítica del punto de vista skinneriano, en Hans Hörmann, *Psychologie der Sprache*, Springer, 1967, donde se recogen los argumentos de la célebre reseña que Chomsky hizo al libro de Skinner *Verbal Behavior*, y que se publicó justamente con ese nombre en *Language*, 35, 1959, págs. 26-58.

vertirse en signo o señal de otra cosa distinta de él mismo, en virtud de un proceso de condicionamiento en el cual el sonido aparezca inmediatamente antes del objeto o proceso en cuestión. Del mismo modo que si una luz se enciende siempre medio segundo antes de que a un perro se le dé la comida, la luz se convierte pronto en señal de ésta, es decir, se transforma en un estímulo condicionado capaz de provocar por sí solo parte de las reacciones que provoca la presencia de la comida misma, del mismo modo, decimos, un segmento sonoro discriminable, esto es, uno o varios fonemas seguidos siempre por la inmediata aparición de una misma cosa, pueden acabar por convertirse en estímulos condicionados capaces de suscitar por sí solos parte de las respuestas que suscita la presencia real de esa cosa. En esa suscitación condicionada consistiría justamente la función referencial, que no sería, pues, sino un caso particular de la conducta condicionada común al hombre y a los animales: más compleja, si se quiere, pero nada más.

Supongamos, a título de ejemplo, que a una persona que no sabe alemán se le hace escuchar reiteradamente la palabra *Hammer*, que naturalmente «no le dice nada»; pero a la par, cada vez que escucha la palabra se le enseña un martillo real. Es indudable, que al cabo de unas cuantas repeticiones del proceso, el sonido inicialmente incomprendible habrá cobrado un cierto significado para el sujeto, esto es, se habrá convertido de alguna manera en señal o signo del objeto real con el que ha sido asociado. Mediante semejante proceso de condicionamiento —cuya estructura ya se entiende, por supuesto, que es mucho más complicada de lo que aquí se indica— un estímulo sonoro neutral, un mero sonido carente de significado⁶, se habrá convertido en un estímulo condicionado capaz de suscitar en parte las mismas respuestas que el objeto real a que ha sido condicionado, o dicho de otra forma, unos morfemas habrán cobrado significado, se habrán convertido en palabra. En tal capacidad suscitativa adquirida por condicionamiento, consistiría, pues, la significación. En definitiva, la función referencial del significante se reduciría a su asociación con las respuestas ectoras que habitualmente da el sujeto

⁶ Prescindimos naturalmente aquí de los problemas que plantean los vocablos onomatopéyicos, cuyo significado sería incondicionado en alguna manera. Cf., por ejemplo, el estudio de Holland y Wertheimer, en *Perc. mot. Skills*, 19, 1964, sobre los términos *maluma* y *takete*.

al objeto real al que ha sido condicionado. En última instancia, la significación consistiría en una respuesta condicionada —explícita o meramente incoada— a un estímulo condicionado en funciones de significante.

Ahora, bien, esta interpretación falsea a la vez la teoría de la significación y el propio pensamiento reflexológico. En su artículo sobre *El reflejo condicionado* publicado en 1934 en la *Gran enciclopedia soviética*, Pavlov concedía que los estímulos condicionados que forman el primer sistema de señales de la realidad nos son, en efecto, comunes a los animales y al hombre; en otras palabras, es cierto que por la vía arriba indicada los animales y los hombres aprendemos a reaccionar a muchísimos estímulos como a señales anticipadas de los objetos o procesos que habitualmente les siguen, trátese del rugido que señala con tiempo a la presa la cercanía del león, o del sonido del claxon que delata al peatón la presencia de un vehículo que ha de evitar. Sin duda, los estímulos condicionados forman un valiosísimo sistema de señalización, del cual hacemos uso los animales y los hombres en una manera semejante, pero en modo alguno idéntica. Confundir, pues, esta función señalizadora de primer orden con la función señalizadora de segundo orden en que consiste la actividad significativa propiamente humana, es un grave error cometido por el behaviorismo, en el cual no incurrió ciertamente Pavlov. En sus *Lecciones sobre las funciones de los hemisferios cerebrales*, publicadas ya en 1927, afirmaba, por ejemplo, lo siguiente:

Por supuesto, para un hombre una palabra es un estímulo condicionado tan real como lo son otros estímulos comunes a hombres y animales; pero al mismo tiempo es de una naturaleza tan general que, en este aspecto, no admite comparaciones cuantitativas ni cualitativas con los estímulos condicionados de los animales...⁷.

En otras muchas ocasiones, por ejemplo, en el XIV Congreso de Fisiología celebrado en Roma en 1932, insistió Pavlov en este punto de vista, indicando que el lenguaje, y en especial sus estimulaciones cinestésicas que van de los órganos fonadores al córtex, se compone de señales segundas, es decir, de señales de señales, que son en esen-

⁷ Traducimos de I. Pavlov, *Lectures on the functions of the cerebral hemispheres*, Leningrad, 1927, pág. 429.

cia «abstracciones de la realidad y medios de generalizar que constituyen el pensamiento superior, exclusivamente humano».

Poco después, y a propósito del tema, precisaba su pensamiento en estos términos:

En el hombre ha llegado a existir... otro sistema de señalización, una señalización segunda, el lenguaje, del sistema primero, cuyos componentes básicos son las estimulaciones cinestésicas de los órganos del habla. Con ello se introduce un nuevo principio de acción nerviosa, una abstracción y a la vez una generalización de las numerosas señales del sistema precedente que, a su vez, resulta ulteriormente analizado y sintetizado por las nuevas señales generalizadas. Se trata de un nuevo principio que permite una orientación sin límites en el medio ambiente y trae consigo la suprema adaptación del hombre, la ciencia, tanto en su forma ordinaria como en sus creaciones más especializadas. Este segundo sistema de señales, y sus órganos, es el último logro de la evolución⁸.

En suma, para Pavlov era cierto que el primer sistema de señales era común a los animales y al hombre, a la vez que las leyes de la acción nerviosa que regían en el primer sistema eran también válidas para el segundo. Lo cual no obstaba para que en todo momento mantuviera la tesis de que «el lenguaje constituye un segundo sistema de señales de la realidad, que es específicamente nuestro, y que consiste en ser señal de las primeras señales»⁹.

Deliberadamente nos hemos extendido un poco al exponer el punto de vista pavloviano, porque en él se pone de manifiesto el craso error en que neobehavioristas norteamericanos, como Underwood o Skinner, incurrían al no distinguir con claridad las posibilidades señalizadoras del primer y segundo sistema a que hemos hecho referencia. En contra de lo que muchos psicólogos todavía creen, una señal perteneciente al segundo sistema, es decir, una significación, no es un estímulo condicionado de segundo orden, como por ejemplo lo es una luz que sirve de señal a un sonido, el cual a su vez sirve de señal a la aparición del alimento. Dentro del primer sistema de señales cabe, sí, efectuar condicionamientos de primero, segundo y hasta de tercer orden o más, pero todos ellos se mueven dentro de un nivel

⁸ *Idem*, «Essai d'une interpretation physiologique de l'histerie», en *L'Encephale*, 28, 1933, pág. 292.

⁹ Artículo ya citado sobre *El reflejo condicionado*.

de señalización primario, que es justamente al que se refiere desde un escalón biológico superior el segundo sistema, exclusivo del ser humano. De ahí que todos los experimentos encaminados a hacer hablar a los animales que poseen órganos de fonación semejantes a los nuestros —los chimpancés, por ejemplo— hayan fracasado siempre al pretender acceder al momento generativo, y no meramente imitativo del habla. He ahí, insistimos, la razón de fondo por la cual experiencias como las de Furnes (1916) y Hayes (1951), etc., han demostrado siempre la existencia de una frontera comportamental entre el hombre y el animal, que no puede traspasarse por la vía de ningún tipo de condicionamiento¹⁰.

Ahora, bien, en la medida en que esto sea así, se entiende que el intento de reducir la significación a un proceso señalizador primario, o sea, a un mero proceso de condicionamiento, constituye un error de principio, en el que incurren quienes conciben que la palabra es simplemente un estímulo condicionado que *substituye* al objeto real —estímulo incondicionado— y suscita en forma de respuestas condicionadas una parte de las respuestas que el sujeto da habitualmente al estímulo incondicionado. Dejando aparte las críticas que desde un punto de vista lingüístico, ya lo hemos indicado, han lanzado contra estas teorías autores como Chomsky, que rebasan el ámbito psicológico en que se mueven estos comentarios, existen varias objeciones específicas que puntualizan y aclaran la refutación de fondo a que acabamos de hacer alusión. He aquí algunas de ellas.

Por lo pronto, parece obvio que lo que suscita en el hombre el significado de una palabra no es propiamente un reflejo, es decir, una respuesta efectorial invariable y elemental como la salivación o el parpadeo, que se realiza siempre de una forma muy parecida, siguiendo una pauta prefijada. Es obvio que tales reflejos glandulares o motores pueden, desde luego, ser suscitados por la audición de una palabra; por ejemplo, el término «lluvia» puede, en efecto, provocar en mí ciertas reacciones vegetativas de escalofrío, etc., o quizás ciertos movimientos automáticos, como dirigir la mirada hacia el armario donde guardo habitualmente la gabardina, igual que puede provocarlos en mi perro. Pero es evidente que semejantes actos

¹⁰ W. H. Furness, «Observations on the mentality of chimpanzees and orangutans», en *Proceedings Americ. Philosop. Soc.*, 55, 1916, C. Hayes, *The ape in our house*, Harper and Row, 1951.

no constituyen propiamente el significado que para mí tiene la palabra «lluvia», sino las reacciones que ésta, en cuanto señal primaria, puede producir por igual en los animales y en el hombre. Ciertamente, en tanto que señal perteneciente al primer sistema es obvio que cualquier estímulo, sea o no palabra, puede actuar como signo del estímulo incondicionado (la lluvia real, en nuestro caso) a que ha sido condicionado; pero asimismo es evidente que semejante función señalizadora o significativa, si queremos llamarla así, es de un orden significativo distinto, cualitativamente inferior al de la señal propiamente significativa con que sólo podemos operar los hombres.

Lo que en realidad ocurre cuando alguien me dice que está lloviendo no es sólo, ni principalmente, que se desencadenan en mí ciertas respuestas reflejas como las que acabo de mencionar. Lo que ocurre es que sin que la lluvia real incida sobre mí o esté al menos estimulando a mis sentidos distales —la vista, por ejemplo— yo me hago cargo de la situación, es decir, se actualiza en mí una representación, una especie de presencia virtual de lo que realmente acaece cuando llueve. Y esta representación, que ya hemos dicho no consiste formalmente en una imagen, constituye el fundamento cognitivo de las operaciones que voy a ejecutar o dejar de hacer ante la situación mentada por la palabra: operaciones que dependen tanto de mis proyectos como de la situación mentada, y que en manera alguna se reducen a las operaciones que habitualmente ejecuto cuando llueve. Quizás, por ejemplo, en virtud de una apuesta puedo hacer un día justamente lo contrario de lo que siempre hago cuando llueve, y salir a la calle con un traje de verano en lugar de con un paraguas o un impermeable. El contexto, sin duda, completa la significación.

En suma, lo que en mí suscita la significación de una palabra no consiste esencialmente en una respuesta o cadena de respuestas, incoadas en forma de disposiciones efortoriales o actualmente desplegadas, sino en una representación inteligible de su referente. Desde luego, con lo dicho hasta ahora aún no hemos aclarado en qué consiste esa representación que se actualiza en el acto significativo, pero sí hemos precisado que no es una mera respuesta condicionada, sino más bien la garantía regulativa de las operaciones adaptativas en que consisten las respuestas, condicionadas o no.

De otra parte, si lo efectorial constituyese el momento esencial de la significación, sería harto difícil de explicar por qué un ciego de nacimiento es incapaz de captar la significación de las palabras que significan colores, a la vez que eso no es problema para los paralíticos, ni probablemente para un sujeto cuya musculatura esquelética hubiera sido totalmente paralizada por una droga. Por lo demás, pretender reducir la comprensión del significado de las proposiciones filosóficas, científicas o literarias a un sistema de efeciones es algo que, para expresarlo suavemente, resulta chocante. *Ganz amerikanisch*, que hubiese dicho Wundt.

* * *

Lo dicho hasta ahora, en suma, refleja algunos de los argumentos psicológicos que parecen oponerse a los primeros intentos behavioristas y pseudo-reflexológicos, de explicar la significación en términos de meros movimientos fonatorios implícitos o de respuestas condicionadas. Con ello, si acaso, queda indicado en alguna manera lo que no es la significación, pero ciertamente no se resuelve el modo positivo con que una palabra está por las cosas que significa. De acuerdo en que ese estar por no consiste formalmente en una imagen, ni en una efeción, aun cuando las imágenes y las respuestas motoras tengan, sin duda, mucho que ver con la significación verbal. Lo que queda por ver es si la psicología actual cuenta, para dar razón del significado, con algún tipo de teoría más convincente que las esbozadas hasta este momento en nuestro ensayo. Ello indefectiblemente nos lleva a dirigir nuestra mirada hacia el ámbito de las llamadas teorías mediacionales de la significación.

V. LA SIGNIFICACIÓN COMO ESTRUCTURA DE MEDIACIÓN

Las teorías mentalistas de la significación tenían todas ellas como propósito común dar con un momento de la experiencia interior en el que se manifestara propiamente lo que Charles Stevenson, en su obra *Ética y Lenguaje* (1944), llamó el *click* de la vivencia significativa, es decir, la conciencia clara y distinta del acto en que uno comprende el significado de un término. Como hemos mostrado, fracasaron en su empeño, entre otras cosas, porque el significado es

más una cualidad común a la experiencia humana en tanto que humana, que una propiedad exclusiva de algunos momentos de ella. En realidad, ese «momento en que la experiencia humana se ilumina con la comprensión de lo dado en ella» no es, como dábamos a entender al comienzo de este trabajo, tanto un momento vivencial que tenga figura propia, como un constructo científico necesario para la explicación de ciertos hechos. En otras palabras, el acto significativo no es un momento definido de la experiencia que pueda analizarse introspectivamente, sino una estructura que suponemos tiene que mediar entre determinados momentos de la conducta humana, tales como la percepción de una palabra y la subsiguiente representación intelectual de su correlato o referente.

Autores como Skinner o Bousfield, sin embargo, han entendido no sólo que la significación no es un dato o contenido de conciencia que pueda observarse por introspección, sino asimismo que es un concepto superfluo. Concretamente, el segundo de los autores citados comenzaba hace unos años una ponencia sobre «El problema de la significación en el aprendizaje verbal»¹¹, afirmando que el concepto de significación, además de superfluo, incita a la confusión. No obstante, entre ambas posturas extremas, la mentalista y la efectorial, cabe postular, sin embargo, que la significación constituye una estructura necesaria para explicar el comportamiento verbal de los seres humanos, aun cuando en sí misma tal estructura carezca de una expresión experiencial clara y distinta. Y justamente la renuncia a la significación como experiencia manifiesta, pero su aceptación como estructura latente, constituye la vía media adoptada por las que a su vez reciben el nombre de teorías de la mediación. No muy diferente es, al parecer, la posición de un lingüista como R. Adrados, que a propósito del contenido del signo afirma que «aun en el caso en que es concebido como una unidad, es en el fondo una suma de la que se toma una primera conciencia poco clara...»¹².

Esa conciencia poco clara no permite, como ya hemos dicho, un esclarecimiento del problema por la vía de la observación directa del acto significativo, pero basta en cambio para postular la existencia

¹¹ W. A. Bousfield, «The problem of meaning in verbal learning», en el volumen *Verbal Learning and Verbal Behavior*, editado por Ch. N. Cofer, y publicado en 1961 por McGraw-Hill.

¹² F. Rodríguez Adrados, *Lingüística estructural*, tomo I, cap. 8, Gredos, 1969.

de una estructura latente, definible operacionalmente desde sus antecedentes y consecuentes empíricos. Ahora bien, en concreto, ¿cómo se lleva a cabo esa operación científica en la psicología contemporánea? ¿Cabe, como se preguntaba Fodor, interpretar la significación como una respuesta de mediación?¹³ Quizá la forma mejor de responder a tal pregunta consista en comentar el pensamiento que sobre este punto ha desarrollado uno de sus más distinguidos representantes, esto es, Charles E. Osgood¹⁴.

Osgood comienza por suponer que con anterioridad a la aparición del lenguaje en el niño, una gran parte de los estímulos que percibe en su ambiente habitual —el biberón, el pecho de la madre, etc.—, se han convertido ya en señales de los procesos comportamentales que suelen seguir a su aparición —toma de alimento, etc.—. Posteriormente, el niño aprendería a conectar ciertos estímulos sonoros, las palabras, con semejantes señales perceptivas, de manera que las palabras se convertirían en señales de señales; es decir, la palabra «biberón» señalaría anticipadamente la percepción del biberón real, la cual a su vez sería señal de las operaciones de succión, deglución, etc., que suelen seguir a la percepción visual de la botella.

Ahora bien, lo esencial aquí consiste —a diferencia de lo apuntado en la sección anterior— en que se trata de un proceso mediador de dos fases (*two-stage mediation process*) donde la palabra no suscita directamente ya una pieza fija de conducta, sino que actúa mediatamente a través de un proceso simbólico que confiere a la significación una flexibilidad y un alcance incomparablemente mayores.

En principio, claro es, se entiende que la introducción de unas estructuras de mediación puede flexibilizar y potenciar el proceso; pero la cuestión estriba naturalmente en precisar la naturaleza de tales estructuras. Sin entrar en detalles técnicos que no harían al caso en un ensayo de esta índole, intentaremos no obstante esclarecer en alguna medida esta complejísima cuestión.

¹³ J. A. Fodor, «Could Meaning be an r_m ?», en *J. of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 4, 1965, págs. 73-81.

¹⁴ Charles E. Osgood, «The Nature and Measurement of Meaning», en *Psychological Bulletin*, 49, 1952 págs. 197-237. Asimismo, «A Behavioristic Analysis of Perception and Language as Cognitive Phenomena», artículo publicado en *The Cognitive Processes: Reading*, Prentice-Hall, 1964. Finalmente, «Commentary on The Semantic Differential and Mediation Theory», en *Linguistics*, 66, 1971, páginas 88-96.

Ante todo, recordemos que el niño que aprende a hablar sabe operar ya con unos estímulos condicionados no verbales que actúan significativamente, esto es, como señales de otras estimulaciones. Para el niño de seis meses, por ejemplo, la percepción del pecho de la madre o del biberón no se agota en el acto perceptivo mismo, sino que es señal del acto de mamar que sigue habitualmente a esa percepción y, en consecuencia, suscita anticipadamente parte de las respuestas en que tal acto alimenticio consiste, v. g., la salivación más acusada, etc. Así, pues, lo que ocurre cuando el niño comienza a entender la palabra «biberón», no es que ésta suscite directamente una parte de las respuestas que ejecuta al tomar realmente el biberón, sino algo más complejo y cualitativamente distinto. Lo que la palabra hace es servir de señal de un estímulo condicionado, que puede no estar presente, y suscitar por su mediación una fracción de esas respuestas habituales a que nos estamos refiriendo; semejantes respuestas mediacionales (r_m) operan a su vez como un estímulo mediacional (e_m), que posee ya un carácter simbólico auto-estimuladorio, al cual responde finalmente el sujeto con lo que Osgood llama conducta total. Así, pues, entre el estímulo verbal (S) y la respuesta adecuada a él (R) intervienen una respuesta mediacional (r_m) y un estímulo mediacional (e_m), cuya función consiste en elevar la conducta signitiva del hombre a un plano de significación cualitativamente superior al de los estímulos condicionados.

Semejante estructura constituye, según Osgood, un proceso de mediación representacional. Es, a su juicio, *representacional*, porque aun cuando es suscitado por un estímulo arbitrario —un sonido que en sí mismo no representa nada— es parte de la conducta que en el sujeto suscita la presencia real del objeto significado. A la vez es *mediacional*, porque la auto-estimulación que semejante fracción de respuestas provoca en el sujeto interviene decisivamente entre la audición de la palabra y la respuesta adecuada a la realidad significada por tal palabra. Entre ésta, pues, y la conducta media un proceso representacional que eleva la función signitiva condicionada a un plano de auténtica significación —simbólico, dice Osgood—, en el que la palabra funciona como signo de señales, y en definitiva de una manera que se aproxima algo a la interpretación que en su tiempo apuntó Pavlov.

Con ello, sin embargo, no queda suficientemente explicado el modo en que esas respuestas mediacionales y las auto-estimulaciones que suscitan en el sujeto adquieren un carácter simbólico —auténticamente significativo, diríamos nosotros— que permita efectuar abstracciones, análisis y síntesis, categorizaciones, etc., etc. La noción de respuesta parcial intermedia (r_m) constituye, sí, en cierto modo un acercamiento conductista al tema del análisis, a la par que el concepto de auto-estimulación (e_m), en unión de otros principios de teoría del aprendizaje en que no podemos entrar aquí, representa quizás una interesante posibilidad de dar cuenta de operaciones cognitivas superiores sin salirse del marco de una psicología neoconductista. No obstante, es obvio que la explicación mediacional de la significación se mueve todavía en un ámbito sumamente impreciso e hipotético. Para decirlo aún más claramente, las teorías mediacionales están todavía muy lejos de poder dar razón cabal de las complejísticas operaciones que el hombre ejecuta al comprender el significado de una palabra.

Quizás, sin embargo, más de un lector eche de menos la mención en estas páginas de nombres muy prestigiosos —como los de Bühler, Cassirer, Morris o Piaget, vaya por caso— y se esté preguntando si es que no existen otras escuelas psicológicas distintas de las mencionadas, y más capacitadas que ellas para explicar el problema de la significación.

En pocas palabras, porque ni las dimensiones de este trabajo ni mis conocimientos dan ya para mucho más, intentaré responder a esa pregunta inmediatamente.

VI. LA SIGNIFICACIÓN COMO CONSTRUCTO PSICOLÓGICO

La significación, lo hemos repetido varias veces, no constituye tanto un momento aislado de la experiencia humana, dotado de nítida figura propia, como una cualidad general de esa experiencia, que se intensifica, desde luego, en algunos momentos, pero que en manera alguna se manifiesta como una suerte de chispazo semántico. Es cierto, sí, que la experiencia significativa se acusa preferentemente en esa clase de comportamiento verbal en que las palabras están por o remiten inteligentemente a las cosas o a otras palabras;

pero también es cierto que esa experiencia no se deja sorprender fácilmente por la introspección. De ahí, por lo pronto, que los psicólogos que han cargado la mano en el método introspectivo no hayan conseguido, a mi entender, resultados muy fructíferos para la explicación científica del significado. De otra parte, la circunstancia de que la significación se evada tan insistentemente a la observación interior, implica que es un constructo que depende más de su inscripción en un sistema que de la descripción directa, puesto que justamente lo que falla es su carácter objetual firme y notorio. En la medida en que esto es así, se entiende que la comparación de nociones sobre el significado no pueda hacerse más que entrando en alguna manera en el confrontamiento de sistemas completos de pensamiento psicológico, lo cual limita extraordinariamente el campo de nuestras reflexiones, ya que los sistemas básicos no son muchos, ni todos ellos se han ocupado a fondo del tema de la significación verbal. Si a esto se agrega que deliberadamente hemos evitado salirnos del campo psicológico, y que nuestro propósito era reflexionar sobre los problemas de fondo, pero no llevar a cabo una revisión exhaustiva del tema, se comprenderá por qué autores tan interesantes como los citados no han sido recogidos en nuestros comentarios.

La psicología fenomenológica —que ha aportado conceptos importantes al problema— pertenece más a la filosofía que al ámbito de la ciencia positivá. La psicología de la forma se ha ocupado ciertamente del pensamiento humano; pero por lo que respecta al tema de la significación verbal sus enfoques, me parece, están o bien muy próximos a los de la fenomenología, como en el caso de Bühler, o se mueven ya en campos muy especializados, como ocurre por ejemplo en el caso de Goldstein. Posiblemente, la eliminación de todos los aspectos neurofisiológicos de la cuestión constituye asimismo una limitación gravísima de nuestro trabajo; en realidad, haber prescindido de las aportaciones de Luria, por ejemplo, relativas a la regulación verbal de la conducta, supone una omisión muy grave. Pero, por otra parte, cualquiera que se haya asomado a la gigantesca masa de aportaciones que existen en este campo comprenderá que su integración en estas breves páginas era prácticamente imposible de hacer.

En definitiva, lo que estamos sugiriendo con estas reflexiones es el carácter interdisciplinar del constructo que nos ocupa, y conse-

cuentemente la imposibilidad de estudiarlo de forma cabal desde una sola perspectiva, sea ésta lingüística, psicológica o fisiológica. A mi modo de ver, lo que cabría concluir es que la significación, como constructo psicológico, va configurándose con unos caracteres que la abren a disciplinas muy variadas, entre las que resaltan la filosofía, la lingüística y la neurofisiología. Como es evidente que cada una de estas «disciplinas» es de suyo un mundo complejísimo, quiere ello decir que la exigencia de afrontar la cuestión en términos interdisciplinarios se potencia al máximo.

Puestos, en fin, a rematar estas páginas con unas conclusiones —desde luego, muy poco concluyentes— yo diría que la significación es un constructo postulado por la índole misma de la experiencia humana en tanto que humana, indispensable para dar cuenta y razón de algunos de sus caracteres principales. En última instancia, la significación sería una clase de esquema en el que se organizarían las experiencias pasadas, en forma de condensaciones abstractas —no imaginativas, no efectoriales— representativas de esas experiencias y susceptibles de desplegarse o reactualizarse al ser activadas por las correspondientes señales verbales, o de otra índole. En alguna manera, nada clara, por supuesto, en estos esquemas se reflejarían de una manera contracta las propiedades generales de la experiencia, reguladoras del comportamiento inteligente. La significación, en suma, no sería lo que hacemos con las cosas, sino la garantía cognitiva de lo que hacemos con las cosas. Falta, desde luego, por decir en qué consisten, exactamente, ese comportamiento inteligente y esa garantía cognitiva, pero ello, insistimos, constituye una tarea por hacer, en la que el esfuerzo de saberes y especialistas muy diversos ha de conjuntarse poco a poco.

Estamos, pues, muy lejos de poder aclarar de modo satisfactorio cuál es la estructura psicológica de la comprensión del significado. Pero si estas páginas han servido en alguna medida para señalar algunos de los problemas con que tropieza la psicología en su empeño de esclarecer este campo, el esfuerzo que posiblemente exige su lectura no habrá sido quizás del todo baldío.

JOSÉ LUIS PINILLOS